

## **Trademarks\***

Marcus André Vieira \*\*

[mav@litura.com.br](mailto:mav@litura.com.br)

[www.litura.com.br](http://www.litura.com.br)

¿Quién no conoce los primeros acordes de la quinta sinfonía de Beethoven? Cha-cha-chachaan... Y nuevamente: cha-cha-cha CHAAN...

Las mayúsculas y los puntos suspensivos son lo que mejor se puede hacer en el plano del texto para traducir el intenso resultado de esa secuencia sonora. Creo que se presta maravillosamente para presentificar el efecto de lo que Lacan llamó “pulsión invocante”. Es una experiencia de certeza. Somos intimados, incluso aunque no se sepa bien ni por quién ni para qué. Fue en relación a esa exigencia ciega y sin cuerpo que el análisis permitió una modulación, una pequeña separación que cambió mi historia.

Esa invocación es lo que Lacan llama “la presencia del Otro” bajo su forma vocal, solicitándonos en lo más íntimo de nuestro deseo. Es como retoma la pulsión freudiana, como movimiento desencadenado en nosotros por el Otro, que se materializa en cuatro objetos típicos: oral, anal, visual y auditivo. Ellos definen cuatro eróticas que constituyen una primera distribución, para nada exhaustiva, del modo en que se moviliza nuestro deseo. Declinan el todo o nada de un objeto a ser consumido en el objeto oral, la negociación en torno a un objeto de dádiva en la pulsión anal, la aprehensión de sí como capturado en una mirada y, finalmente, la presencia de la alteridad en el corazón de la subjetividad, sin forma u origen claro, solo voz.

Entre ellas, la voz tiene la particularidad de resonar tan adentro que, paradójicamente, ya no se sabe exactamente de dónde vendría. De hecho, el sonido nos afecta siempre por las ondas sonoras conducidas por el aire que penetra en nuestros oídos y, al mismo tiempo, por conducción ósea pues el cráneo (así como todo el cuerpo) es igualmente movilizado por las ondas sonoras y vibra por su acción. Es lo que Lacan dramatiza al recordar que los oídos son los únicos orificios del cuerpo que no pueden ser cerrados a no ser con ayuda externa.

Lo importante es destacar cómo, por esta razón, la presencia vocal del Otro más que cualquier otra exige respuesta. De lo contrario, nos perdemos por la supresión de la diferencia fundamental entre yo y Otro. No es porque sí que esa presencia haya sido casi siempre considerada como divina o demoníaca. Freud prefirió aproximarla a su concepto de superyó que para bien o para mal exige acción; goce en los términos de Lacan.

La respuesta del sujeto, vital para la estabilización de una distancia mínima, pasa por la estructuración inconsciente, a lo largo de la historia, de una matriz de lectura

---

\*Este texto fue elaborado a partir de las notas redactadas en la secuencia de mi tercer testimonio de pase presentado en la Delegación Paraná de la Escuela Brasileira de Psicoanálisis y comentado por Marcelo Veras, en octubre de 2013. Publicado como Vieira, M. A. Trademarks. *Enlaces*. Buenos Aires, Grama ediciones, año 16, n° 20, 2014, p. 128-131.

\*\*Miembro de la AMP/EBP, AME, AE (diciembre de 2012).

del mundo al *fantasma*. En mi caso, en su escena repetitiva, ella estipulaba que la identidad del Otro primordial tenía poca importancia, pues su exigencia sería solo agitación aleatoria sin razón o intención. En vez del padre exigente o cruel, como en el caso del hombre de las ratas, o de las súplicas de una madre carente, o incluso los gemidos de la pareja parental en el cuarto de al lado, el superyó se me aparecía con las características de las crisis de agitación de los pacientes de la clínica psiquiátrica de mi familia, donde pasé los momentos más intensos y vivos de mi infancia.

Todo me llevaba a creer que lo real de la pulsión se presentaba fuera del fantasma, en su esencia más primitiva, descarnada, del grito en la crisis, que sería tal como un trueno, pura fuerza de la naturaleza. Ese fue mi engaño.

El engaño neurótico general es creer que detrás de cada uno de los deseos que nos constituyen habría una intención definida, un sentido oculto, clave del porqué somos tan malhechos. Sucede que la intención original de los deseos, que sobre nuestros cuerpos incidieron, no será jamás accesible pues escapa hasta a sus dueños. Somos hechos de la marca contingente de los deseos más variados, sin sentido último. Mi engaño particular era creerme desengañado, libre de las figuras habituales de presentación de lo real como si hubiese vivido en contacto directo con él. En vez de desengañado, por el contrario, se duplicaba para mí el desconocimiento neurótico de lo real –me olvidaba que, para quien habla, lo real nunca es solo *tsunami*, sino siempre presencia de un deseo, incluso si es loco.

El análisis vino a dar presencia subjetiva al trueno. Descubrí entonces cómo él estaba conmigo todo el tiempo, por ejemplo, como exigencia secreta de trabajo o en la búsqueda peligrosa de los extremos. Solo en un segundo momento fue posible encontrarme con otra cosa, restos de mí mismo, aquellos instantes en los que había experimentado algo fuera del campo del fantasma y de sus respuestas rígidas. Se presentaron figuras de un goce no sometido al imperativo materno de ser el brillante e inquieto niño que un día se impondría a lo real de la locura y del trueno, que habían quedado hasta entonces ocultas. Estos pequeños momentos en los que solo pude entregarme a lo vivido sin trabajo y sin temor compusieron un *collage* que mantuve frágilmente unido con un apodo de mi infancia, *miquito*.

La unión precaria fue esencial y el analista, decidido a mantenerla en esa forma, al hacer obstáculo volviéndola apenas una forma identitaria suplementaria. No la asumí como nueva *persona*, lo que tal vez solo me lanzara al reverso de mis enredos sin introducir algo nuevo, Manteniendo *miquito* como *collage* y no personaje, pude ir explorando en cada una de sus vivencias fragmentadas, la presencia del Otro como marca de un deseo singular cada vez, a la que pude dar lugar y reconocer.

Así, fue posible ir declinando el modo como ellos habían dejado un trazado que no era exigencia, solo conjunto inestable de marcas contingentes y que no exigían, por lo tanto, respuesta.

Reviviendo esos encuentros pude percibir cuánto de su efecto no había sido solo traumático, abuso de la criatura del ser por el adulto del lenguaje. Ellos forzaron, obtuvieron, de hecho, del cuerpo un goce, pero es esa misma extracción que parcializa, localiza el absoluto de la presión vital que nos excede y la vuelve compatible con la vida. La vida solo seguirá en los caminos recortados por la vida que no puede en ellos caber.<sup>1</sup>

Solo con esa certeza pude tomar el trazado de los encuentros con el Otro, ahora sí, verdaderamente en el límite del decir, sin intención o significado. Se produjo entonces un desdoblamiento: la marca del Otro, que llamaré “letra”, me apareció tanto como inscripción de un texto, pasión del significante, como cloaca vital, crisol de goce.<sup>2</sup> Tal como el electrón en el acelerador de partículas (o energía o materia,

dependiendo de la posición del observador), ella era tanto surco que define y estipula, letra *trazo*, como *cuerda* que vibra –como las de un instrumento musical o, como prefiere Lacan en sus últimos seminarios, que produce *resonancia* (asemántica).

Esa letra de un goce, que no es aún sentido y que como línea y como cuerda ganó lugar en mi análisis, se concentró en la relación de mi padre con la gran cantidad de perros que cuidaba, más específicamente en la imagen de su mano mordida cuando intentaba separar las peleas de los animales. En este contexto, la mordida solo parecía figurar la ya conocida figura fantasmática del Otro como fuerza de la naturaleza, ahora animal. Pero la imagen decía más pues la mano mordida de mi padre solo lo era por *su deseo* de pacificación. Había ahí un vaivén pulsional, un “hacerse morder”, que me había mantenido oculto este deseo hasta entonces. Era este el que había tenido una incidencia decisiva sobre mí, mucho más que el de los locos con quienes había convivido. Ese deseo de acallar, que era también de “hacerse marcar”, se había mantenido oculto, en silencio, bajo la reiteración, pero aun así se había incorporado a la imposición materna, pues de ella era tributario el inquieto *mosquito eléctrico* (otro apodo de la infancia) que había definido el yo. De hecho, siempre había salido de los encuentros volando rápido, creyendo así no ser marcado por ellos, me engañaba con la pobre gota que había bebido.

Mucho después de que la *mordida* ganara ese lugar central en mi análisis, descubrí el trabajo de Vito Acconci. Me impresionó por razones más que evidentes, especialmente aquel que denomina *Trademarks*:<sup>3</sup>el artista se muerde para usar a continuación la mordida como sello, imprimiéndola en papel en lo que llamó una “Biblia pre-Gutenberg”.<sup>4</sup>Quizás el énfasis en el carácter autoerótico de este goce de la mordida (pues es el artista el que se muerde) se distancie ligeramente de mi experiencia. Pero me parece que son exactamente las diversas dimensiones de la letra lo que le interesa a Vito Acconci en la mordida. Ellas se delimitan en las dos primeras fotos de la secuencia. La primera mimetiza lo que Miller llamó el “choque inicial” de la “inscripción del lenguaje sobre el cuerpo”;<sup>5</sup> la segunda, la letra localizando ese encuentro y definiendo el centro del goce en el cuerpo y la tercera, esa letra ya tomada en la red de significaciones, inserta en una estructura y vuelta significante, por la impresión publicada.

Volviendo a mi análisis: el espacio entre la *letratrazo* y la *letracuerda*, litoral del sentido, pero fuera de él, fue para mí la apertura a la posibilidad de vivir de otro modo la repetición. Lo importante no es quién mordió o lo que quiso, pero sí el hecho de que una vez que su deseo fue trazado en el cuerpo, un destino se definió. Un destino, no un fin predeterminado, pues mucho puede ser hecho con una cantidad finita de letras a partir de que pueda estar abierto al infinito de las posibles composiciones con lo que vendrá. El fantasma permanecene necesario, no más como imposición y sí como base para los encuentros con los deseos por venir.

El pasaje de una dimensión de la letra a otra puede parecer histórico, de una fase de desarrollo a otra, pero eso cerraría el espacio entre ellas en una supuesta continuidad. Es exactamente lo que mi análisis me enseñó. Por eso todavía quisiera abordarla, para concluir, por analogía con la escritura. Una está en el plano de la escritura como acto, expansión de un surco constituyente, y la otra, en la vibración de lo allí constituido.

Como no se puede vivir y transmitir lo que se vive en el instante del acto, siempre será preciso pasar de una dimensión a la otra para aprehender lo que del goce hace cuerpo. Por lo tanto, si en el lugar de la voz imperativa en los oídos y el corazón me basta ahora presentir el rugir de la sangre en la sien, si la exigencia de peligro se

revela, aquí y allí, solo presión de la vida, nada me libra de la necesidad de volver a la letra-texto para transmitirlo más que el fulgor de su singularidad. Sustentar ese estado doble de la letra en mi historia fue lo que me llevó a acuñar *mordidavida*<sup>6</sup> en la conclusión de mi análisis y es lo que intento hacer resonar aquí.

---

<sup>1</sup> Es lo que recuerda J.-A. Miller cuando afirma que el significante mortifica tanto como vivifica y que llevaba a Lacan a afirmar que “el cuerpo forma el lecho del Otro por la operación del significante”. Lacan, J., “Del psicoanálisis en sus relaciones con la realidad”, *Otros escritos*, Paidós, Bs. As., 2012, p.378.

<sup>2</sup> Lacan, J., “Lituratierra”, *Otros escritos, op. cit.*, pp. 19-29.

<sup>3</sup> *Trademarks* en inglés, marca registrada, marca [N. de la T.].

<sup>4</sup> Este encuentro, entre otros, se lo debo a Flavia Cera, a quien agradezco aquí.

<sup>5</sup> Miller, J.-A., lección del 25 de mayo de 2011, “El Ser y el Uno”, Curso de la orientación lacaniana, 2010-2011, inédito. Cf. Además, “El lenguaje debe ser aprehendido en el nivel de lo que se inscribe en el cuerpo como efecto de goce” (23 de marzo de 2011). E incluso, “El cuerpo es marcado por el significante, o sea, por la palabra en la medida en la que ella se inscribe y que puede entonces ser representada por una letra” (4 de mayo de 2011). En la raíz, el significante viene a golpear lo real, viene a golpear los cuerpos. Ese choque inicial introduce en el ser hablante una falla.

<sup>6</sup> Cf. Vieira, M. A., “*Mordidavida*”, *Opção Lacaniana* 65, EBP, São Paulo, 2013. También, Vieira, M. A., “Primer testimonio”, *Lacanianas* 14, EOL, Bs. As., junio de 2013.